

DANDO Y DANDO, PAJARITO VOLANDO

Anécdota sobre Narigua durante su quinto decenio en el valle Yarari.

por Alexandra Román

Al salir del bohío, Narigua se topó con su prima Yaguana. Ella le deseó los buenos días y él devolvió el deseo. Se acercó a ella. Yaguana le miró de arriba a bajo como solía hacer siempre que le veía. De esta forma le recordaba desaprobación hacia su vestuario que era diferente al que llevaban los habitantes del valle Yarari. «Pierde su tiempo,» se dijo Narigua, «jamás me verá en naguas.»

—¿Se te olvidó que hoy es el trueque?
—Preguntó ella.

No se le había olvidado, solo pensaba que si ella lo veía listo para la pesca del día, lo dejaría ir.

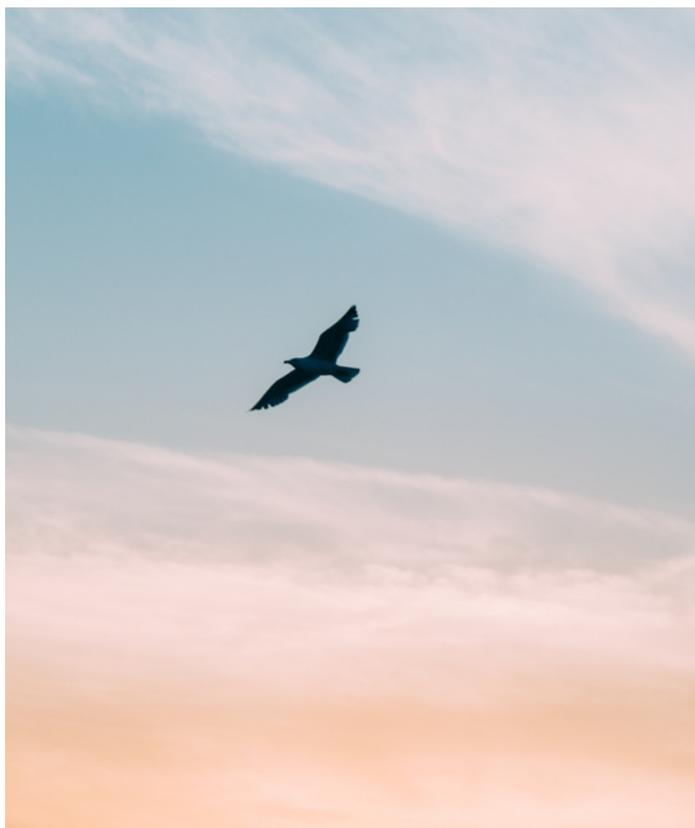
—No —contestó Narigua siendo sincero con esa que, desde que comenzó su exilio allí, siempre le trató con respeto y cariño.

Yaguana sonrió ante la respuesta.

—Vamos —dijo con un movimiento de su cabeza.

Él caminó hacia su bohío para dejar frente a la entrada sus instrumentos de pesca y se marchó con ella.

El trueque se llevaba a cabo en el centro del batey. El behique mayor de Yarari estaba a cargo del ritual. Al llegar, los presentes se hicieron a un lado para darle la bienvenida a su prima Yaguana quien sería su matunjerí luego del fallecimiento de su nagueti, arakoel Imugaru. Yaguana les saludaba con una sonrisa que iluminaba su rostro.



Una vez en el centro, el behique les dio la bienvenida. Yaguana se colocó a la derecha de arakoel Imugaru y Narigua le hizo una reverencia a su abuela. Imugaru le sonrió y regresó su mirada a los allí presentes. Yaguana le señaló que tomara su lugar al lado suyo. Observó a los habitantes de Yarari, quienes estaban congregados en el batey para ser testigos del trueque.

El behique dio varios pasos hacia el frente y dijo unas palabras en eyeri, se escucharon sonar maracas seguidas por el largo sonido del fotuto. El behique pidió que el acusado pasara al frente.

Un joven kahali era escoltado por dos nikahali que le sujetaban sus antebrazos para que no escapara. Miraba al suelo y su respirar era rápido.

«Está asustado, y debería estarlo,» se dijo Narigua recordando cuando fue acusado de traición. Miró de reojo a Imugaru quien miraba seria al joven, cabeza en alto. «Ella fue quien me salvó. ¿Hará lo mismo con el acusado?»

Los nikahali obligaron al joven a arrodillarse frente al behique. Continuaba mirando al suelo y Narigua no podía ver si en su rostro había un rastro de remordimiento que le ayudara a ganar la conmiseración de Imugaru.

—Bairoa guaJaragua, se te ha llamado a la sentencia del trueque porque has cometido un delito grave del cual fuiste encontrado culpable. Tomaste la vida de tu primo, —dijo el behique—, eso en Yarari es imperdonable.

A Narigua se le erizó la piel al escuchar lo dicho por el behique. Él no asistió a lo actos de sentencia del joven se negaba a participar en cualquier actividad que lo hiciera parte de Yarari. Sabía que Imugaru no le daría conmiseración a Bairoa, pues puso en peligro la paz que se vive en el valle que ella ama.

El behique se viró hacia Imugaru y esta le dio permiso a proseguir y enseguida él pidió que la madre del fallecido pasara. La kahali llevaba en sus manos un pájaro pequeño de plumas grises.

Ella se lo entregó al behique y este le agradeció la ofrenda.

«No es una ofrenda,» Narigua deseó corregir al behique.

El behique lo alzó para que la congregación allí reunida lo viera.

—¡Dando y dando! —dijo el behique.

—¡Pajarito volando! —exclamaron todos.

El behique asintió y caminó hacia Bairoa colocándose detrás suyo. Se bajó y dijo a su oído:

—Diste muerte, muerte se te dará.

Bairoa respiró profundamente, su cuerpo tembló, pero no dijo nada y seguía con la mirada baja.

El behique sujetó el pequeño pájaro con la mano izquierda. Metió la derecha en una bolsa que colgaba del cinturón de su nagua. Al sacar la mano, Narigua notó que estaba blancuzca y cerrada en un puño. El behique caminó hacia el frente de Bairoa y colocó el puño frente a su rostro.

—Bairoa, mírame, —le ordenó y este así lo hizo.

Narigua vio que el rostro de Bairoa estaba empapado de lágrimas. «¿Será remordimiento o miedo a la muerte?»

Bairoa infló su pecho al inhalar, fue entonces que Narigua notó que el gesto no era de remordimiento, sino miedo a la muerte.

El behique abrió su mano y dijo:

—Dando y dando, pajarito volando, —y diciendo esto sopló el polvo sobre el rostro de Bairoa.

Bairoa lo inhaló y su cabeza se echó hacia atrás. El behique, tomando el pajarito con ambas manos lo acercó a la sien izquierda de Bairoa, mientras uno de los nikahali colocaba una daga sobre el cuello de este. Con su pico, el pájaro perforó la sien y el nikahali deslizó la daga. El cuerpo de Bairoa cayó al suelo. El behique soltó al pájaro para que volara con el alma del recién fallecido hacia las cuevas ancestrales donde la entregaría a un murciélago para convertirse en un opia. Un alma en pena que saldría durante las noches a comer guayabas y atormentar a esos perdidos en los bosques.

Narigua siguió con su vista al pajarito mientras este se desaparecía en la distancia. Esa era la muerte que le esperaba antes de que Imugaru le salvara. El cuerpo de Bairoa sería cremado y sus cenizas esparcidas sobre las aguas del río para que se perdiera para siempre.

Inhalando, acarició la marca de traidor en su mejilla izquierda.

Sintió que le agarraban la mano. Era Yaguana. Le miraba con ternura.

—Vamos, —le dijo—, hoy te acompaño a pescar.

Narigua asintió y se marchó con ella.

Todos los derechos reservados por Alexandra Román © 2024

No se puede reproducir, compartir nada del escrito sin autorización previa de la autora.